



“Sol de otoño. Escritos literarios” de Luis Urquieta Molleda

El 17 de enero en acto desarrollado en su domicilio el Ing. Luis Urquieta Molleda presentó “Sol de otoño. Escritos literarios”. El prólogo al libro corresponde al Dr. Mariano Baptista Gumucio, que en parte menciona lo siguiente:

Hablemos ahora de su libro: Está dividido en cinco capítulos, el primero, de narraciones; el segundo, acerca de la historia, el tercero de ensayos y poesía, el cuarto de lecturas y miradas y el quinto de notas breves. A propósito del primer capítulo, Luis se ocupa de la esencia del cuento, en relación a la novela y cita como eximio cultor a Gabriel García Márquez, pero también a Adolfo Costa Du Rels. A propósito de *La Miski Simi* (la de “La boca dulce”).

Nuestro autor ofrece al lector seis relatos de su propia inspiración, todos ambientados en el paisaje de la pobreza en el área rural. A la miseria se unen infaltablemente la codicia y la envidia y finalmente el crimen. Podrían tener como epígrafe la terrible frase de Carlos Medinaceli, que todavía se puede aplicar a nuestros días y que se me ha quedado grabada en la memoria desde mi juventud: *Chocloca... Quietud de tarde, soledad de aldea. Pueblos terrosos, vidas derrotas. Quien ha vivido tu quietud, tu abandono y tu miseria, ha sentido la más honda emoción de patria y puede decir: —Oh, buena y triste patria: te quiero por eso, porque eres pobre, triste y explotada. Me dueles en mi corazón como un aneurisma, porque ahora, en la aldea terrosa donde unas vidas derrotadas van arrastrando la penosa agonía de su desventura étnica, he compartido contigo, en la carne de mi alma, la carne amarga de tu íntimo dolor.*

El cuento que más me ha impresionado, digno de figurar en la más exigente antología de este género en nuestro país, lleva el título de “Bajo el escondido sol de otoño”, con un desenlace que sobrecoge el corazón del lector.

En el capítulo acerca de la historia, hace un justísimo homenaje a Juan Siles Guevara, fallecido en Oruro y cuyos restos corrian el riesgo de perderse en el osario común hasta la gestión que hicieron los miembros de la Sociedad Boliviana de Escritores, presidida por Luis Urquieta, para que fuesen depositados en el panteón de los ilustres de esa ciudad. Allí hace poco tiempo y también por iniciativa de Luis, fuimos algunos miembros de la Academia Boliviana de la Lengua a depositar unas flores y rendir homenaje a la memoria del poeta Alberto Guerra y del historiador Siles Guevara.

El capítulo contiene también un homenaje a Humberto Vázquez-Machicado y otro a Alcides Arguedas, ambos de excelente factura. En el de Arguedas, hay sabrosas referencias a la enemistad de por vida que tuvo con Franz Tamayo, y a los golpes (algunos bajos), que se prodigaron ambos, sin piedad alguna.

Urquieta se ocupa del historiador norteamericano Charles W. Amade, cuya obra *La dramática Insurgencia de Bolivia*, título escogido caprichosamente por su traductor, de la versión inglesa que dice escuetamente: *La emergencia de la República de Bolivia*, que el autor habría preferido, es imprescindible para quien quiera conocer nuestros orígenes republicanos. ¿Eran tan malos los doctores “dos caras”? Astutos sí lo eran, pero buscaban, como todos los seres humanos, su propio interés y el de su coterráneos. Así lo ha comprendido Amade, veinte años después en una conferencia que dio en Bolivia. Dos artículos del memorándum König y la respuesta del canciller Eliodoro Villazón y un medular ensayo acerca de las negociaciones con Chile, para un acceso soberano de Bolivia al Pacífico, concluyen esta parte.

El capítulo tercero se abre con un excelente ensayo sobre “Macondo” y su creador. No debemos olvidar que en encuestas de la prensa europea se habla de *Cien años de soledad*, como la novela más difundida en el mundo, en el siglo XX. Otro ensayo sobre la polémica desde sus orígenes griegos hasta nuestros días, con varios ejemplos locales. Continúa un homenaje a Adela Zamudio, otro a Cervantes y el Quijote, en el cuarto centenario de la primera edición. En este punto Luis cita la inmortal frase que dirige El Quijote a Sancho, advirtiéndole que la libertad: *es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.*

Interesante la mención de los autores bolivianos, como José Quintín Mendoza, Gregorio Reynolds, Juan Francisco Bedregal, Guillermo Francovich, Óscar Alfaro, Hemando Sanabria Fernández, Raúl Botelho Gosálvez, Alfonso Gamarra Durana y Ángel

Torres Sejas, que se han ocupado del Inmortal personaje. Otro ensayo medular, es el del indigenismo en la literatura y la historia.

Quisiera citar una vez más a Papini, uno de los ídolos de mi juventud, a quien busqué inútilmente con Augusto Céspedes, en Florencia, intrigados porque el genial y atrabiliario autor de *Gog y Magog*, puso entre sus personajes a un boliviano inventor de la música del silencio. No tuvimos suerte, pues ya para ese tiempo Papini había perdido la vista y no recibía a nadie. Hoy se lo lee muy poco (diremos más bien que prácticamente no se lee a nadie, sino acaso a quienes ganan premios de las editoriales multinacionales, que se ocupan de hacer el marketing correspondiente), pero yo vuelvo a su páginas, pues encuentro pese al tiempo pasado que me resultan un bálsamo para el alma. Veamos sino lo que dice de la poesía, que no es más que la *reconquista de lo que no nos damos cuenta que poseemos. Sin la poesía, hasta el millonario es un codicioso mendigo; sin amor, hasta el señor de los hombres es un impotente gritador. Las fantasías, fábulas e imágenes son tan necesarias al hombre como el pan diario; el afecto rehace al hombre como el agua del cielo resucita y fecunda los campos secos* (Espía del mundo).

Luis ofrece un precioso elogio de la poesía que concluye con este quinteto:

*¡Oh poesía,
tú que nos redimes
del vértigo y del vacío,
llena eres de gracia
el amor es contigo!*

Me ha impresionado particularmente, su evocación de Eliodoro Aillón Terán, en la que recoge algunos poemas de quien se transformó en Ecuador, gracias a su talento, en embajador de la literatura boliviana. Eliodoro fue a despedirse de sus amigos de “última hora”, en La Paz, antes de su ostracismo y no lo volvió a ver más, pues muchos años después, retornó directamente a Sucre, donde murió. Otro ensayo notable es el consagrado a la poesía paisajista, en la que destaca el aporte de Óscar Cerruto, Guillermo Viscarra Febre, Raúl Otero Reiche, Ambrosio García y Mira Castrillo Colodro, con sendos poemas.

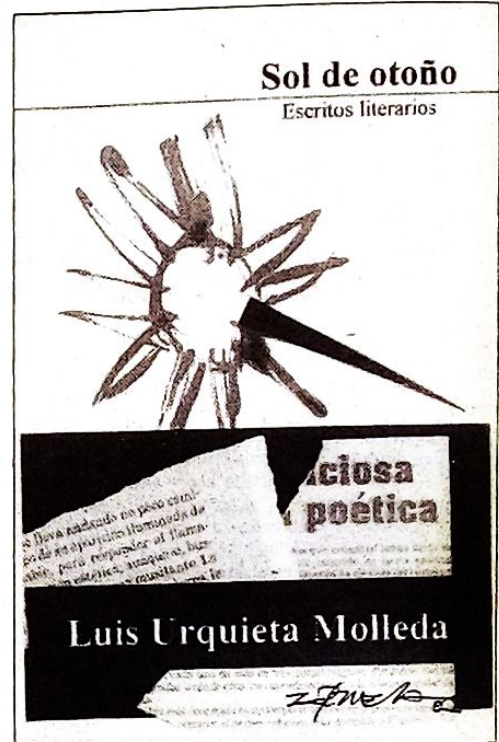
La ciudad universitaria de Oruro, obra conjunta de los arquitectos Franklin Anaya y Gustavo Medeiros, y en la que el propio Luis intervino como ingeniero, es considerada por él, como la obra arquitectónica más significativa de Bolivia en el siglo XX. El tema se presta a algún debate, pero en todo caso, el autor sostiene con pasión y buenos argumentos esa tesis.

En “lecturas y miradas”, Luis homenajea a escritores y artistas; entre los primeros a Amalia Decker, Vicente González-Aramayo Zuleta, Rosario Quiroga de Urquieta, Alberto Guerra Gutiérrez, Moira Bailey, Rodolfo Mier Luzio, Edmundo Torrejón Jurado, Roberto Vera Varela, Adolfo Cáceres Romero y la Revista “Signo”, creada por Juan Quirós y a la que ha dado perennidad en el tiempo Carlos Coello Vila. También ha rescatado un valioso ensayo histórico de Alberto Crespo Rodas, sobre la fundación de San Felipe de Austria. Entre los extranjeros escribe sobre Ernest Hemingway.

En las notas breves se halla el elogio del libro recordando cuáles fueron las palabras que cuando el autor tenía seis años le abrieron la mente al mundo de la cultura; y la poesía, con referencias a Mira Castrillo, Luis Fuentes Rodríguez y a los pintores Erasmo Zarzuela, Remy Daza y Lulhy Cardozo Velásquez. Sigue la historia de “El Duende” quincenario, liviano y eficaz mensajero de la cultura, preferiblemente orureña, pero totalmente abierto al resto del país y al mundo, sin anteojeras mentales ni negaciones o regresiones, sino con la mano franca y extendida a los propios y a los demás. Cierra el volumen un canto a la libertad, como estado o condición en que la persona no está sometida a impedimentos que restrinjan sus facultades y prerrogativas.

En suma, un libro que es al propio tiempo reflejo de una vida ejemplar. Luis pertenece a esa heroica minoría de espíritus que afortunadamente, pese a todas las adversidades y al éxodo creciente de los bolivianos, sobrevive y hace obra de bien en cada una de nuestras ciudades. A veces son muy pocos y en ocasiones nadie toma la posta que ha quedado vacía por abandono o muerte. Pero el fuego no se extingue y en el caso de Oruro, sabemos que están allí, Luis y sus colaboradores de “El Duende”, demostrando que esa entrañable ciudad boliviana no es tan sólo un campamento minero o el lugar donde estalla una vez al año para asombro del mundo su carnaval de diablos y de china supays, sino también el reino de espíritu, en el que se trabaja tesoneramente, donde se crea y se medita.

Mariano Baptista Gumucio. Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua.



Hombre de números por profesión, el ingeniero Luis Urquieta es también hombre de letras por vocación. Lo es como tesorero promotor de la actividad literaria y como escritor analítico y creativo. Así lo muestra esta valiosa compilación de sus multitemáticos escritos forjados en un estilo diáfano, pulcro y sobrio.
Luis Ramiro Beltrán Salmón

Luis Urquieta, el hombre que hizo de la escritura y la lectura un centro fundamental en su vida, deteniéndose a escribir para el PEN-Bolivia, la Unión Nacional de Poetas y Escritores, la revista “Signo” y con mayúscula para “El Duende” de Oruro. Un libro así, como el que tenemos en las manos, no se improvisa, nace por la suma de tanta palabra pensada y escrita, por el recorrido múltiple a través de todo lo humano.
Testimonio de una perenne vinculación con la palabra.
Gaby Vallejo Canedo

Alguna vez, conversando con el autor, evocamos aquella conocida imagen de la punta del iceberg como lo que podía verse a propósito de la erudición de varios amigos comunes con quienes, en felices ocasiones, nos sumergíamos en los océanos de la conversación. Algo de eso hay en este libro. Una mínima constancia de ideas, pasiones, lecturas.
Muestra —agradecida por el lector— de la vasta cultura de Luis Urquieta.
Benjamín Chávez

